

CULTURA AUTOCTONA Y CULTURA UNIVERSAL

En el vasto y extenso temario del *Congreso Internacional de las democracias de América* (Montevideo, 1939), figuraba entre los asuntos culturales el tema que encabeza este ensayo. Como contribución a su estudio enviamos al mencionado Congreso un trabajo que ahora, con algunas modificaciones, publicamos.

A través de reuniones y congresos, escritos y discursos, se percibe claramente la preocupación que vive en el ánimo de todos los americanos de la hora actual: dar a la expresión "cultura americana" un sentido, en lo posible, unívoco; y distinguirla de algún modo evitando cuidadosamente su identificación con la cultura europea.

Esta preocupación se manifiesta en una atmósfera no exenta de patetismo, pues refleja un estado íntimo provocado por la tensión entre dos realidades igualmente vivas e igualmente presentes: por un lado la intuición, casi diríamos sensación, que todos tenemos de que esa expresión posee un sentido bien determinado y significa algo corpóreo y tangible; y por otro lado, la dificultad que se presenta al pretender traducir en conceptos ese significado y dar un contenido preciso a ese sentido.

Es posible que puedan precisarse ese significado y ese con-

tenido si se hacen intervenir en el debate las llamadas “cultura autóctona” y “cultura universal”, siempre que previamente fijemos con alguna precisión el significado de la cultura, así: sin adjetivos, y tomemos luego posición frente a las distintas alternativas que admiten las expresiones tan amplias: cultura autóctona y cultura universal, que pueden considerarse ya como ámbitos culturales autónomos, opuestos o simplemente distintos, ya vinculados con la relación de especie a género o con otra conexión más difícil de desentrañar.

La cultura, como toda actividad específicamente humana, puede considerarse bajo dos aspectos: bajo un aspecto estático, como cosa hecha, como un producto, como “ser”; y bajo un aspecto dinámico, como cosa que se hace, como un proceso, como “devenir”.

En su aspecto estático, la cultura es ese conjunto de cuadros objetivos que acompaña y envuelve al hombre, en su calidad de ser espiritual, formando su atmósfera propia y su mundo específico. Esos cuadros son: la ciencia, el arte, la filosofía, la religión, el lenguaje, la técnica, la moralidad, las formas de convivencia, la educación, las costumbres, los mitos. Como tal conjunto de organismos culturales es independiente de los factores individuales, temporales o espaciales, preferimos utilizar para este aspecto de la cultura la expresión “cultura objetiva”.

En su aspecto dinámico, en cambio, la cultura es el proceso mediante el cual el hombre crea o descubre, valora o estructura los elementos de aquellos organismos. No se trata, entonces, de un mundo de objetos que se enfrenta al espíritu humano, ni de la atmósfera que envuelve a éste; se trata, ahora, del desarrollo que, tendido en el lecho del tiempo, se realiza en el hombre como ser histórico o como ser psíquico, ya prefiriendo determinadas estructuras o determinados objetos de ese mundo, ya aspirando con intensidad distinta los perfumes de la atmósfera que lo circunda o del viento que pasa.

Este desarrollo, a su vez, se manifiesta a través de dos

procesos distintos: uno colectivo, que es el proceso histórico-cultural y otro subjetivo, individual que es la cultura personal. Ambos procesos: el histórico-cultural y la cultura personal, presentan de común, además de las notas espaciales y temporales, el hecho de estructurar los objetos culturales de acuerdo a preferencias valorativas características de cada época histórica o de cada ser personal. En cambio, ambos procesos se distinguen, no sólo en que son, respectivamente, colectivo e individual, sino en que en el proceso histórico-cultural influyen solamente los factores en que intervienen el descubrimiento de nuevos objetos o la creación de nuevas estructuras entre ellos, mientras que en el proceso cultural personal la intervención de tales factores no es indispensable. Un hombre de ciencia que descubre una nueva propiedad de su disciplina influye en el proceso histórico-cultural (algún día figurará su nombre en la historia de su ciencia) mas, puede poseerse una sólida cultura personal sin ser descubridor, ni creador. Utilizando un símil frecuentemente repetido, diríamos que en el proceso histórico-cultural es necesario ser productor de nuevos elementos culturales, mientras que en el proceso personal, basta con ser consumidor de cultura.

En lo que sigue ya no nos ocuparemos del aspecto dinámico de la cultura en lo que atañe a la cultura personal, para referirnos únicamente a los procesos históricos-culturales, en especial al proceso desarrollado en suelo americano, antes y durante la conquista y que entenderemos como "cultura autóctona" y al proceso originado y desarrollado durante los últimos siglos en suelo europeo y bajo cuya influencia vive el hombre occidental actual y que entenderemos por la llamada "cultura universal".

Los procesos históricos, a través de los cuales se manifiesta la cultura objetiva, han mostrado a veces soluciones de continuidad, ya en el orden temporal, ya en el orden espacial. Si a esto se agrega el hecho de que las preferencias valorativas confieren a cada uno de estos procesos una fisonomía propia, se ex-

plica como se han producido, históricamente, culturas cerradas, impenetrables e incommunicables, a manera de verdaderos islotes culturales. Mas, restablecidos, entre los ámbitos culturales, los lazos de contigüidad espacial o temporal, se produce, como en los vasos comunicantes, un equilibrio y una intercomunicación como si, secretamente, una búsqueda afanosa se esforzara en lograr ese contacto. De ahí que, si se desea mantener un simil biológico para la relación mútua de las culturas históricas que vienen en contacto, más que a un injerto o a un trasplante debe compararse a una simbiosis.

AMADO ALONSO ha visto "como dos aspectos complementarios del tratamiento histórico: una cosa es la sucesión de acciones ilustres, individuales y colectivas, otra cosa es el medio y el ambiente cultural donde las acciones ilustres trascurren. Una cosa es el río y otra los terrenos por donde se labra su cauce". (1) Y, en efecto, la interacción de los ámbitos culturales, muestra, como en el entrecruzarse de dos ríos, los bordes y el perfil de cada cauce modificados por la forma y la estructura del otro.

En tal interacción se ponen en evidencia los elementos de la cultura objetiva que cada proceso posee como rasgo propio o en común, explicándose así la persistencia de ciertas manifestaciones culturales (por ejemplo, algunos elementos de la cultura griega constantemente presentes en la cultura europea y occidental) y la resurrección de otros que, tras una trayectoria subterránea, afloran nuevamente y rediviven (por ejemplo, el actual "retorno" a BACH y a la música del siglo XVII).

Esta interacción entre ámbitos culturales se manifestó en el proceso cultural americano. El descubrimiento con todo lo que significaba como aporte geográfico, histórico y étnico ofreció a la cultura europea nuevos motivos y nuevos medios de expresión. América, por su sola presencia y existencia, atrajo a esa cultura que, en virtud de un propio afán universalista

(1) AMADO ALONSO. *Ensayo sobre la novela histórico* (Sur. N° 50. Pág. 40. Buenos Aires. 1938).

de expansión, irradió y se extendió a través de los nuevos continentes, enriqueciéndose con nuevos matices.

Se inicia entonces la aventura americana que se desarrolla en distintos planos culturales que pueden ponerse en correspondencia con las etapas históricas: conquista, colonia, independencia y época actual. En correspondencia formal, no temporal, pues por la naturaleza misma de la historia y de las culturas, las etapas históricas son sucesivas, mientras las culturas, de hecho, coexisten con las anteriores.

(Imaginamos la historia y la cultura con la misma interdependencia que existe entre la ciencia natural y la naturaleza. Así como la ciencia natural es un esfuerzo racional para describir y explicar los fenómenos naturales; la historia, también esfuerzo racional, tiene por misión describir y explicar los hechos culturales. De igual modo que la ciencia natural ha influido sobre la naturaleza, a la que modifica y adapta a las necesidades humanas; la historia, de una manera peculiar y obedeciendo a más recónditas aspiraciones humanas, también influye sobre los procesos culturales).

A la etapa histórica de la conquista hacemos corresponder formalmente en el plano del desarrollo cultural americano, aquellos procesos de asimilación cultural según los cuales los elementos autóctonos que la cultura europea incorporaba, perdían, por eso, su originalidad, mientras los restantes elementos conservaban, frente a esa cultura, el sello de lo exótico y de lo ajeno. Un ejemplo de este tipo de "conquista" cultural, que puede elevarse a la categoría de símbolo, fué aportado por HENBIQUEZ UREÑA, en el *Entretien* de 1936, cuando afirmó que la chacóna, composición musical que alcanzó su máximo esplendor en manos de BACH y sus contemporáneos, es de origen americano (2).

(2) Sobre ese *Entretien* véase: JOSÉ BABINI. *América y la cultura* (En UNIVERSIDAD. N.º 4. Pág. 39. 1938) del cual hemos reproducido, para el presente ensayo, algunas consideraciones, dada la similitud de los temas tratados en ambos.

A la sucesiva etapa histórica: la colonia, hacemos corresponder formalmente los procesos en los cuales los elementos culturales autóctonos y europeos se mezclan o se yuxtaponen conservando, cada uno, su propio sello. El arte colonial, en especial la arquitectura, extraña fusión, a veces con-fusión de arte indígena y arte europeo, ofrecen ejemplos de este tipo de procesos.

El autoctonismo cultural es el plano que hacemos corresponder a la etapa histórica de la independencia americana. Comprende aquellos procesos que elevan artificialmente a la categoría de cultura universal todo elemento cultural autóctono, por el solo hecho de serlo y que, por lo mismo, enfrenta y rechaza todo elemento que no lo sea. Ese rasgo de artificialidad, esa carencia de espontaneidad, por si solos, conducen esos procesos a vías muertas y la persistencia de los mismos se debe a una falsa identificación entre historia y cultura.

Las culturas autóctonas americanas son algo vivo para la historia, y a medida que su conocimiento se amplía y se completa, lo serán cada día más, pero no todo lo que se mantiene vivo para la historia, lo es para la cultura. Para los elementos culturales, vida significa actualidad, y de nuestras culturas autóctonas sólo serán actuales aquellos elementos de la cultura objetiva que sintonicen con la atmósfera cultural de nuestra época, y lo serán no por haber pertenecido a los americanos de ayer, sino por formar parte del repertorio de preferencias del americano de hoy.

A la época actual, fecunda y contradictoria, abigarrada y trágica, hacemos corresponder en el plano de la cultura aquellos procesos de simbiosis, según los cuales los elementos culturales americanos se muestran con rasgos propios, pero, al mismo tiempo, con los caracteres y la universalidad de la cultura occidental. El conjunto de estos procesos encarnará la misión cultural de América, pues él, y sólo él, otorgará un significado concreto a la expresión "cultura americana".

Algunos ejemplos, tomados de diversos sectores de la cul-

tura, serán claros síntomas de la existencia de estos procesos. Así, en el campo del arte, los nombres de GABRIELA MISTRAL, DIEGO RIVERA, HÉCTOR VILLA-LOBOS evocan figuras cuya obra no podría imaginarse sin ser americana, no obstante poseer esa obra todas las notas que la cultura universal asigna a la creación artística. (Inversamente no podríamos imaginar un PICASSO o un JOYCE americanos).

En el campo de las formaciones humanas, es innegable que el pueblo norteamericano, más que ningún otro pueblo de América, constituye, como resultante de componentes europeos en contacto con el suelo americano, una unidad étnica cuyas modalidades y costumbres influyen sobre los pueblos europeos.

En el campo de las relaciones internacionales y de las formas de convivencia, América se apoya en principios esenciales: anhelo de paz, afán de solidaridad internacional, sentido de humanidad y tolerancia; se apoya, en fin, en un sentimiento de dignificación humana, cuyo germen doctrinario es típicamente europeo, pero que no obstante la cultura occidental no ha podido plasmar en los países de Europa. Es posible que tales principios esenciales tengan en América, hasta ahora, fundamentos más racionalistas que espontáneos y vitales, pero su arraigo y difusión, que por sí solos justificarían la misión de América en el mundo, darán a la cultura occidental ese contenido ético indispensable que no le supieron dar los europeos, arrastrados por los fanatismos ideológicos, los prejuicios raciales y la violencia dirigida, hacia la horrorosa y destructora guerra actual.

El campo de la novela presenta también ejemplos de este proceso. En los últimos años el arte polimorfo de la novela se ha enriquecido con nuevas formas técnicas y ha logrado realizaciones magníficas a través de KAFKA y de PROUST, de ALDOUS HUXLEY y JULES ROMAINS, de JOYCE y su extraordinario *Ulises*. A estos escritores y a sus novelas podemos calificarlos legítimamente de europeos, pues llevan impreso el sello inconfundible de la cultura europea en la que ellos se han formado y en el seno de la cual han creado su obra.

La aparición de novelas que muestran el matiz específico de lo americano sin dejar, por eso, de poseer la universalidad característica de la cultura occidental, nos permite también afirmar, con igual derecho, la existencia de novelas americanas. Tales las del norteamericano WILLIAM FAULKNER y de nuestro MALLEA quien, en sus últimas novelas, logra alcanzar, a través de lo argentino, un nivel de universalidad.

Así, en *Fiesta en Noviembre* (3) el tema principal es el diálogo eterno entre la razón y la pasión, entre la inteligencia y la vida, pero que se desarrolla a través de motivos, situaciones y expresiones en los que vibran y viven los sentimientos, preocupaciones y problemas argentinos de la hora actual, con lo que se envuelve al libro con una atmósfera argentina, americana. Un segundo tema, que a manera de rondó se insinúa e infiltra en el primero mediante un eficaz recurso técnico, contribuye a precisar esa atmósfera.

El momento culminante de la obra, un diálogo entre dos seres que, no obstante estar movidos por un idéntico afán de sinceridad y perseguir igual finalidad, las palabras y las soluciones distintas separan hasta anularse mutuamente, es un fiel reflejo de la atormentadora y dolorosa realidad actual, pero también esta busca afanosa por encontrar una salida en la que la dignidad humana no salga envilecida y, en cambio, se enaltezca el "sentido de humanidad" y el sentimiento de la superioridad de los valores morales, refleja otro aspecto de esa realidad, que se agudiza especialmente en nuestra tierra argentina, americana. Cuando uno de los personajes exclama: "La vida de cada uno es como una bolsa, no hay ningún mérito en darla, si se la da vacía", surge, casi inconscientemente, en nuestro ánimo, el pensamiento de la misión de cada uno y de todos en estos momentos, de la misión colectiva de Argentina en América y de América en el mundo, de su forma concreta y completa que venga de lo hondo, "de adentro para afuera, de adentro, contra

(3) EDUARDO MALLEA. *Fiesta en Noviembre* (Ediciones A. L. A. Buenos Aires 1938).

y sobre lo de afuera'' pues solo así logrará un efectivo y auténtico valor humano y, por ende, universal.

También en los campos de la cultura más indiferenciados e independientes de los factores étnicos, históricos y geográficos se muestra el proceso de simbiosis cultural. Así por ejemplo el pragmatismo que como toda concepción filosófica es objetiva y universal lleva fuertemente el sello americano, tanto que no podríamos concebir esa concepción como surgida de otro continente.

Y en la ciencia un ejemplo reciente muestra claramente esta interacción cultural. La medición del arco de meridiano, magnífica empresa emprendida últimamente por la Argentina y en la que se aprovecha la posición austral y la forma alargada del territorio argentino, facilitará extraordinariamente el conocimiento científico del medio ambiente natural, pero, también, tendrá proyecciones universales pues contribuirá al mejor conocimiento de la forma de la Tierra.

Este ejemplo nos ofrece el mejor símbolo de lo que ha de ser la cultura americana : apegada al suelo de cuyo savia se nutre, aprovechando todos los elementos que le pueda ofrecer la cultura autóctona, enriqueciendo al acervo cultural del medio y mostrando, por todo eso, un sello inconfundible americano, debe, al mismo tiempo, contribuir y colaborar en la obra cultural universal.

JOSE BABINI

